

C. Daza 26 Junio 1891-10

51

CANTO ÉPICO

PREMIADO

EN LOS

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL LICEO DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 19 DE JUNIO DE 1859.

GRANADA.

—
IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1860.

122885821

BIBLIOTECA
Sala: 2
Estante: 001
Número: 0950711

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Sala: 8
Estante: 3
Número: 1112

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

791.2

86-1

CANTO ÉPICO

PREMIADO

JUEGOS FLORALES

DE 1859

CANTO ÉPICO

PREMIADO

EN LOS

JUEGOS FLORALES

DE 1859.

122885821

BIBLIOTECA
Sala: C
Estante: 001
Número: 095051

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
— GRANADA —	
Sala: C	
Estante: 73	
Número: 14	(3-1)

791.2

86-1

CANTO ÉPICO

MEXICO

JUEGOS FLORALES

MEXICO

CANTO ÉPICO

PREMIADO

EN LOS

JUEGOS FLORALES

DE 1859.

CAZTO EPICO

QUINTO

JUEGOS FLORALES

DE 1853

R. 31710

CANTO ÉPICO

PREMIADO

EN LOS

JUEGOS FLORALES,

CELEBRADOS

POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL LICEO DE ESTA CIUDAD,

EL DIA 19 DE JUNIO DE 1859.



GRANADA.

—
IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1860.

CAZTO BPIGO

FORMA

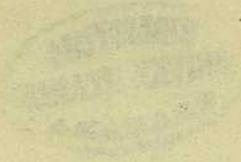
JUEGOS FLORALES

DE

POETA Y ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS

DEL CERO DE ESTADOS UNIDOS

EL DIA DE MAYO DE 1930



GRATIS

IMPRESO EN EL ESTABLECIMIENTO DE LA BIBLIOTECA

1930

ACTA

DE LA SESION PÚBLICA DE ADJUDICACION DE PREMIOS.

EN la ciudad de Granada, á 19 de Junio de 1859, y en el salon de sesiones del Liceo, se abrió la presente con asistencia de un numeroso concurso compuesto de algunas Autoridades, de individuos de la indicada Sociedad, de Académicos y de las demás personas que habian recibido papeleta de invitacion.

Presidia el acto la Sra. D.^a Ángeles Conchillos de Abarrátegui, quien con las Sras. D.^a Juana Artacho de Paso, D.^a Nieves Noguera de Valenzuela, D.^a Dolores Arraez de Lledó y las Señoritas D.^a Rogelia Leon y D.^a Eduarda Moreno Morales, formaban el Tribunal que debia entregar los ramos de laurel á los autores de las composiciones premiadas. Á su derecha se hallaba el Jurado, compuesto del Sr. D. Julian Garcia Valenzuela, con el carácter de Presidente, D. Nicolás Roda, D. Francisco Fernandez Gonzalez, D. José Salvador de Salvador, y D. Juan Facundo Riaño, como Secretario. Y ocupando la mesa de la izquierda del estrado se encontraban los Sres. D. Nicolás de Paso y Delgado, Presidente general de la Academia, D. Antonio Coca, que lo es de la Seccion de Ciencias Naturales; D. José Somoza, de la de Filosóficas; D. Francisco de Paula Novel, Consiliario de la de Jurisprudencia y Administracion; D. Benito Amado Salazar, que ejerce igual cargo en la de Ciencias Naturales; y el infrascripto por excusa del Secretario general D. José Garcia.

Dióse lectura al acta de la reunion celebrada por esta Academia el dia 23 de Junio de 1858, en la cual se fijaron las bases para los presentes Juegos Florales.

En seguida el Sr. D. Nicolás de Paso manifestó el objeto de esta solemnidad literaria, y despues se dió conocimiento al público por

D. Juan Facundo Riaño del acta de los acuerdos del Jurado. Entonces su Presidente el Sr. Valenzuela leyó el juicio de calificación, resultando de él que era acreedor al primer premio ó sea al LAUREL DE ORO el Canto que llevaba por lema el siguiente verso de la Sra. D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda;

«¡Canto la Cruz! ¡Que se arrodille el mundo!»

y que en atencion á las bellezas que se notaban en el que tenia por lema,

«Esta fué la gran Batalla
que todo el mundo decia
de las Navas de Tolosa,
donde Dios su Cruz envia,
donde al Miramamolin
con deshonra lo vencian.»

se hacia de él MENCION HONORÍFICA.

Terminada la lectura del juicio se procedió por el infrascripto á abrir el pliego respectivo al primer premio en que apareció el nombre de D. JOSÉ GARCÍA; y conservándose el relativo á la mencion honorífica hasta que su autor permitiera su apertura, fueron inutilizados los pliegos restantes que deberian contener los nombres de los poetas no premiados.

Presentóse el Sr. García y recibió de manos de la Sra. D.^a Ángeles Conchillos de Abarrátegui el LAUREL DE ORO.

En este estado, dicho Señor entregó á las Señoras del Tribunal ramilletes de flores, y por los Señores de la Comision nombrada al efecto á todas las demás que se habian servido honrar con su asistencia este acto. Por último, subió el Sr. García á la tribuna y leyó su composicion que fué recibida con espontáneos bravos y aplausos.

Terminándose esta sesion, de que yo el infrascripto certifico.—

ANTONIO AFAN DE RIVERA.

Concluida la lectura del acta de la Sesion de 23 de Junio de 1858,
el Sr. D. NICOLÁS DE PASO Y DELGADO, Presidente general de
la Academia y especial de la Seccion de Jurisprudencia, dijo:

SEÑORES:

EN medio de la atmósfera deletérea formada en derredor nuestro por el positivismo egoista y las ruines pasiones, que son la lepra de la sociedad en los tiempos presentes, consuela ver instituciones amigas y bienhechoras como la respetable Academia del granadino Liceo, dedicadas con un empeño noble y generoso al progreso de las ciencias y las letras, á la perfeccion del arte en sus diversas manifestaciones, y al cultivo de los entendimientos en las distintas esferas de la actividad humana. No de otra suerte, entre mares de arena movediza, en las cálidas llanuras de África ó de Asia, el viajero abrumado por la fatiga y el calor, encuentra verdes oasis que le ofrecen un lecho de fresco musgo, donde poder descansar y reponerse bajo la grata sombra del corpulento sicomoro.

La Academia, Señores, que gana cada dia, y con justicia sobrada, patentes títulos á la honrosa estimacion de los hombres ilustrados y amantes de este país; y que en el año corriente ha sostenido brillantes é instructivas discusiones, ya en la seccion de Ciencias Filosóficas, ya en la de Ciencias Médicas y Naturales, y ya en la de Jurisprudencia y Administracion; se halla en estos

momentos reunida en sesion pública con un objeto perteneciente á la de Literatura y Artes, la cual en breve tiempo ha prestado tambien servicios importantísimos, ora en la solemnidad del Viernes de Dolores, ora en la Corona Poética de los heróicos Bomberos Borja y Jordan, ora por fin en la festividad del Santísimo Sacramento.

En este dia, Señores, favorecida la Corporacion por el concurso de las ilustraciones de todo género, y las amables bellezas que respiran el perfumado ambiente de la oriental Granada, celebra su acostumbrada sesion bienal de *Juegos Florales*, en la que debe adjudicar los premios ofrecidos á los autores de los cantos épicos que les merezcan á juicio del Jurado de calificacion. Vais á oir de boca de su digno y respetable Presidente el fallo de justicia que todos anhelamos escuchar; y yo no debo tener por mas tiempo suspendida con mis pobres y desaliñadas frases, la elocuente palabra que aguardamos y es incomparablemente mas feliz y autorizada que la mia. No estrañeis, pues, que sin entrar en el asunto de las obras llamadas á este certámen, concluya inmediatamente; saboreando la dulce satisfaccion de ver con cuanta nobleza, con el mayor desinterés y las mas elevadas miras, prestais culto á las ciencias, las letras y las artes en este hermoso templo del genio y de la poesia.

He dicho.

ACTA

DE LOS ACUERDOS DEL JURADO DE CALIFICACION.

EN la ciudad de Granada, á 19 días del mes de Mayo de 1859, reunidos bajo la presidencia del Sr. D. Julian Garcia Valenzuela, los Sres. D. Nicolás de Roda, D. Francisco Fernandez Gonzalez, D. José Salvador de Salvador, y el infrascripto como Secretario, quienes por nombramiento de la Academia de Ciencias y Literatura forman el Jurado calificador del mérito de las composiciones presentadas para optar á los premios del certámen poético convocado por la misma sobre el tema de la BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA, y despues de instalada la Junta, pasó á leer el oficio del Sr. Presidente General de la Academia que acompañaba á las cuatro composiciones recibidas, las cuales están señaladas con los lemas siguientes:

+

PRIMERA:

«In hoc signo vinces.»

SEGUNDA:

«Esta fué la gran Batalla
que todo el mundo decia
de las Navas de Tolosa,
donde Dios su Cruz envia,
donde al Miramamolin
con deshonra lo vencian.»

(ROMANCIERO).

TERCERA:

«¡Canto la Cruz! ¡Que se arrodille el mundo!»

(GERTRUDIS GOMEZ DE AYELLANEDA).



CUARTA: «Vixere fortes antè Agamemnona
Multi: sed omnes illacrymabiles
Urgentur, ignotique longâ
Nocte, carent quia vate sacro.»

(HORATIUS, LIB. 4, ODA 9).

En el mismo dia habiendo reconocido las bases del programa para la celebracion de este certâmen, se procedió á la lectura de todas las poesías.

Posteriormente se celebraron reuniones con el mismo objeto en los dias 30 y 31 de Mayo, 4, 8 y 16 de Junio, y tanto en ellas como en exámenes privados, se procuró conocer y determinar el mérito de los referidos trabajos, resultando de todo que el Jurado considera, por unanimidad, merecedora del *primer premio* la composicion que lleva por lema el siguiente verso:

«¡Canto la Cruz! ¡Que se arrodille el mundo!»

y en atencion á las bellezas que podian apreciarse en la que tiene por lema los versos que dicen:

«Esta fué la gran Batalla
que todo el mundo decia
de las Navas de Tolosa, etc.»

creia oportuno hacer de ella *mencion honorífica*.

Acordóse tambien en Junta del 18 de Junio que se devolvieran las poesías á la Aâcademia con la calificacion que antecede, y que se levantase acta de todo.

Dándose por terminado con esto el cometido del Jurado, firman los Señores que lo componen el presente documento, de que yo el Secretario certifico.—JULIAN G. VALENZUELA.—NICOLÁS DE RODA.—FRANCISCO FERNANDEZ GONZALEZ.—JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.—JUAN FACUNDO RIAÑO, Secretario.

DISCURSO

DEL SR. D. JULIAN GARCÍA VALENZUELA,

PRESIDENTE DEL JURADO DE CALIFICACION.

SEÑORES :

NOMBRADO, sin merecimiento, por la Academia de Ciencias y Literatura del Liceo, individuo con el carácter de Presidente del Jurado que ha de calificar las composiciones presentadas para optar á los nobles premios ofrecidos en el programa de 15 de Agosto de 1858, he recibido de mis dignos compañeros la honrosa comision de hacer público nuestro unánime juicio, y exponer, aunque ligeramente, á vuestra ilustrada consideracion las razones que nos han inducido á formarlo.

El laudable pensamiento de la Academia al abrir este palenque literario en que las armas de la lucha son la inspiracion y el genio, y el premio del vencedor es la corona laureada de gloria é inmortalidad colocada en la frente del poeta por la tímida mano de la belleza, no ha sido otro que el de promover por nobles estímulos el estudio y aficion á las bellas letras, elevando el genio patrio á cantar en son heróico la sublime epopeya de nuestra historia.

Grande, magnífico, acaso singular en su clase es el asunto de la Batalla de las Navas de Tolosa; de ese extraordinario acontecimiento en que el indomable esfuerzo del brioso corazon castellano, alentado y sostenido por la Fe, y guiado por la sacrosanta enseña de la Cruz, obtuvo una victoria, asombro de las gentes, que

quebrantó el poderoso cetro de los Almohades, facilitó la total expulsión de los Árabes de este suelo de héroes, que habían profanado por espacio de siete siglos, y abrió para nuestra España con admiración del orbe las puertas de oro de un nuevo mundo: victoria que la razón humana no comprende, y que se obtuvo sin duda porque el espíritu de Dios, multiplicó los brazos y sostuvo el esfuerzo de los guerreros cristianos.

Tal era el tema que debía desenvolverse en un canto épico; y si grande era la obra que se proponía al genio de los poetas que aspirasen á merecer los premios ofrecidos, difícil era también la situación del Jurado, que, sin pretensiones de ninguna clase, había de calificar con fría razón las composiciones presentadas.

Ya en el programa de los Juegos Florales de 29 de Junio de 1857 se había propuesto el mismo asunto y en igual clase de canto para la opción á los premios; y el competente y respetable Jurado elegido con aquella ocasión, si bien encontró ricas galas poéticas en algunas de las nueve composiciones que se le remitieron, consideró que, no reuniendo ninguna las precisas condiciones del canto épico, no era dado adjudicar los premios ofrecidos.

Este antecedente no podía menos de influir en el más atento exámen de las composiciones remitidas al actual Jurado, que si bien considera sumamente difícil la perfecta producción de un poema, y aun de un solo canto épico, entiende que no lo es tanto encontrar alguno que, elevándose sobre las condiciones del meramente histórico ó narrativo, tocarse en la esfera del épico, sosteniéndose en ella lo bastante para ostentar aquel carácter, aunque por otra parte no reuniese la plenitud de condiciones, ó sea la bondad absoluta, tal vez el bello ideal del poema de esta clase.

Sin duda por esta razón en los Juegos Florales de 1850, en que se propuso como tema la gloriosa Batalla de Lepanto, fué adjudicada

cado el premio de la ROSA DE ORO á un canto épico, calificado como merecedor de él por un Jurado en que sobresalian capacidades eminentes, y cuya competencia nadie hoy se atreverá á poner en duda.

Así, despues de haber examinado concienzudamente las cuatro composiciones presentadas sobre el expresado tema de la Batalla de las Navas de Tolosa, el Jurado encuentra como merecedora, en su juicio, del premio del ramo de LAUREL DE ORO la que lleva el siguiente lema:

«¡Canto la Cruz! ¡Que se arrodille el mundo!»

(GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA).

Hay en esta composicion conceptos sublimes, accion bien conducida, facilidad en la expresion del pensamiento, ardor poético que no decae de la conveniente altura en todo el canto, y una versificacion elevada, suelta y armoniosa.

No se piense, Señores, que el Jurado presume de una autoridad en esta materia que solo podria atribuirle vuestra bondad; por ello se cree en el deber de presentar á vuestro ilustrado exámen algunas de las bellezas en que abunda esta notable composicion.

Al ocuparse su autor del abandono en que las huestes extranjeras que formaban parte de aquella cruzada dejaron á las tropas españolas despues de la toma de Calatrava, lleno de orgullo y de entusiasmo patrio se expresa así:

«Mas apenas desnudo el torpe acero,
Con tal borron manchando su memoria,
Abandonó su empresa el extranjero
Que codició el botin, mas no la gloria!

¡Y bien hizo, por Dios! El pueblo Ibero
Para alcanzar del moro la victoria
Y al mundo dominar de polo á polo,
Nunca auxilios pidió: se basta solo!

—
¡Bien hizo, sí, por Dios! La lid sangrienta
Que absortas cinco edades contemplaron,
Cuyo recuerdo mi entusiasmo alienta,
Españoles tan solo la empeñaron:
Los triunfos que aun el África lamenta
Con española sangre se alcanzaron....
¡Huid, extraños, pues! ¡Tan alta hazaña
Es digna solo de la invicta España!»

Y luego describiendo el último trance de la Batalla, en que toma parte el Rey D. Alfonso VIII, dice así:

«Lo ve el Rey de Castilla.... sus enojos
Coloran de carmin su augusta frente;
La santa indignacion presta á sus ojos
De la raza del Cid el brillo ardiente,
Y del triunfo anhelando los despojos
Ó la muerte gloriosa del valiente,
En el corcel clavando su acicate
Se lanza á lo mas recio del combate.»

Otras muchas octavas pudiera citar que justificasen aun mas la calificacion imparcial de mis dignos compañeros; pero en breve tendreis la satisfaccion de oirlas todas, y creo que vuestra complacencia nos persuadirá de nuestro acierto.

No entiende, sin embargo, el Jurado que este canto está totalmente exento de algunos ligeros defectos. De ellos adolecen tambien las mas notables composiciones épicas de nuestros poetas, y la severa critica los encuentra, tal vez con razon, en los mismos que se ofrecen como modelos; pero como se ha dicho antes, la bondad absoluta es el bello ideal del poema épico.

Conceded, Señores, al poeta el merecido galardón del triunfo: que la encantadora mano de las bellezas que componen esta Corte de Amor, le ofrezca la laureada corona de gloria que refresque su enardecida frente.

Mérito tambien, y genio poético se encuentran en las otras tres composiciones que ha examinado con prolija detencion el Jurado, y muy particularmente en la que lleva este lema:

«Esta fué la gran Batalla
que todo el mundo decia
de las Navas de Tolosa,
donde Dios su Cruz envia,
donde al Miramamolin
con deshonra lo vencian.»

(ROMANCERO).

pero no ha considerado que reunia las condiciones suficientes para obtener el premio, si bien la cree digna de que se hiciese de ella especial mencion.

Antes de concluir, séame permitido ofrecer un justo tributo de reconocimiento al Liceo Artístico y Literario de esta Capital y su Academia de Ciencias y Literatura por el noble y generoso esfuerzo con que sostiene estos Juegos Florales, en que el estímulo y la competencia, excitando el entusiasmo del genio, aumentarán con muchas brillantes páginas el dorado libro de nuestra bella literatura.

HE DICHO.

The first part of the book is devoted to a general
introduction to the subject of the history of the
people of the world. The author discusses the
importance of the study of history and the
value of the records of the past. He also
discusses the different methods of historical
research and the importance of the study of
the sources of history. The second part of the
book is devoted to a detailed study of the
history of the world from the beginning of
time to the present. The author discusses the
different periods of history and the events
of each period. He also discusses the
causes of the different events and the
results of each period. The third part of
the book is devoted to a study of the
history of the different nations of the world.
The author discusses the different peoples
of the world and their history. He also
discusses the different customs and
traditions of each nation. The fourth part
of the book is devoted to a study of the
history of the different religions of the world.
The author discusses the different religions
of the world and their history. He also
discusses the different beliefs and
practices of each religion. The fifth part
of the book is devoted to a study of the
history of the different governments of the
world. The author discusses the different
forms of government and their history. He
also discusses the different principles of
government and the results of each form.

The first part of the book is devoted to a general
introduction to the subject of the history of the
people of the world. The author discusses the
importance of the study of history and the
value of the records of the past. He also
discusses the different methods of historical
research and the importance of the study of
the sources of history. The second part of the
book is devoted to a detailed study of the
history of the world from the beginning of
time to the present. The author discusses the
different periods of history and the events
of each period. He also discusses the
causes of the different events and the
results of each period. The third part of
the book is devoted to a study of the
history of the different nations of the world.
The author discusses the different peoples
of the world and their history. He also
discusses the different customs and
traditions of each nation. The fourth part
of the book is devoted to a study of the
history of the different religions of the world.
The author discusses the different religions
of the world and their history. He also
discusses the different beliefs and
practices of each religion. The fifth part
of the book is devoted to a study of the
history of the different governments of the
world. The author discusses the different
forms of government and their history. He
also discusses the different principles of
government and the results of each form.

ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL LICEO DE GRANADA.

EL autor del Canto á LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA, que en el certámen celebrado por esta Academia fué premiado con MENCIÓN HONORÍFICA, y que llevaba por lema ;

*«Esta fué la gran Batalla
que todo el mundo decia, etc.»*

es el SR. D. ÁNGEL LASSO DE LA VEGA, vecino de Madrid.

Así consta de los antecedentes que obran en la Secretaría de mi cargo.

Granada 1.º de Marzo de 1860.— JOSÉ GARCÍA, Secretario general.

DEL LICHO DE GRAYANA

El autor del libro a la batalla de las Naves de
Tomas, que en el confín del reino por esta Aca-
demia fue premiado con medallas de oro, y que
lleva por tema:

«Luchó por la gran batalla
que todo el mundo dice, etc.»

En el año de 1808, cuando se celebró la batalla de Madrid.

A la memoria de los héroes que cayeron en la batalla.

Estimada de mi cargo.

Tomado el día de Mayo de 1808. — José García, 26.

Estimado general.

LA BATALLA
DE LAS
NAVAS DE TOLOSA.

CANTO ÉPICO

DE

DON JOSÉ GARCÍA,

PREMIADO

CON EL LAUREL DE ORO.

LA BATALLA

NAVAS DE TOLOSÁ.

CASTRO PRIMO

DOZ JOSE GARCIA

IMPRESA

CON EL PATRIOT DE ORO

Á S. A. R.

EL SERENÍSIMO SEÑOR DON ALFONSO,

PRÍNCIPE DE ASTURIAS,

CON EL BENEPLÁCITO

DE

SS. MM.

DOÑA ISABEL II Y DON FRANCISCO DE ASÍS DE BORBON,

Y EN HOMENAJE

DE LEALTAD Y RESPETO,

DEDICA ESTE CANTO

JOSÉ GARCÍA.



A. N. A. II

EL SERENISIMO SEÑOR DON ALFONSO

PRINCE DE ESTERAS

REY DE ESPAÑA

DE M. A. N.

DOÑA MARÍA II / DON FRANCISCO DE ASIS DE BOURBON

REY DE PORTUGAL

ON DON CARLOS Y DON FERDINAND

REYES DE ESPAÑA

1858 GARDIA

LA BATALLA

DE LAS

NAVAS DE TOLOSA.

CANTO ÉPICO.

¡Canto la Cruz! ¡Que se arrodille el mundo!

G. GOMEZ DE AVELLANEDA.

I.

Ardiendo en patrio amor el pecho mio ,
De Dios con el auxilio soberano
Canto la Cruz, y el valeroso brio
Del invencible pueblo castellano
Que tras inclita hazaña, el poderio
Humilló del soberbio Mahometano,
Rompiendo su cadena vergonzosa
En las sangrientas Navas de Tolosa.

II.

Genio del Cristianismo, que inspiraste
Á Pelayo su noble pensamiento,
Y en Covadonga su pendon alzaste
Contra el hijo de Agar, al santo acento
De «Patria y Religion.» Tú, que inflamaste
Durante siete siglos el aliento
Del Español, que su perdida tierra
Recobró palmo á palmo en ardua guerra:

III.

Tú, que á Aragon uniendo y á Castilla
Bajo la enseña de la Cruz sagrada,
Vengaste del Genil en la ancha orilla
Del Guadalete la fatal jornada
Y del débil Rodrigo la mancilla:
Tú, que arrojaste el tigre á la abrasada
Arena del Desierto y tus altares
De la América alzaste tras los mares:

IV.

Dame tu auxilio: de tu luz fulgente
Alumbre un rayo mi razon oscura,
Y en el pasado encontrará mi mente
Gérmen de inspiracion sagrada y pura:
Y mi entusiasmo se alzaré potente
Hasta llegar á tu encumbrada altura,
Siendo con gloria de mi noble España,
Digno cantor de tan brillante hazaña.

V.

Fortalece mi fe: vierta mi acento
 En sonoro raudal tanta poesía,
 Que al cruzar la extension del firmamento
 Lo inunde de dulcísima armonía:
 Que tu grandeza llene el pensamiento,
 Y se abraze en tu fuego el alma mía,
 Y ya que por tu amor mi voz levanto,
 Haz que el mundo te admire por mi canto!

VI.

À Dios le plugo, y cual torrente airado
 Que en tormentosa noche se desprende
 Desde el alto peñon, y baja al prado,
 Y sordo muge, y destructor se extiende;
 Así la hueste de Tarik osado
 Cuyo valor su fanatismo enciende,
 Rompe de Hesperia la gigante valla
 Y al carro de su triunfo la avasalla.

VII.

Al fiel guerrero de la Cruz divina
 Vence el soldado del Koran impío;
 Y la raza semítica domina
 Del mar de Gades al Pirene frío:
 Del reino Godo alumbra la ruina
 El resplandor fatídico y sombrío
 Del astro de Mohamed que raudo avanza
 Cual nuncio de exterminio y de venganza.

VIII.

Pero no quiso Dios, en el abismo
De su inmensa bondad, que se extinguiera
Para siempre la luz del Cristianismo;
Y á la irrupcion fijando una barrera,
Dió al alma de Pelayo el heroismo,
Á su brazo el poder, y una bandera,
Que en cien y cien combates vencedora,
Fué despues de dos mundos la Señora.

IX.

Como del tronco de la encina añosa,
Que en la cumbre del Liébana elevado
Desgajó la tormenta impetuosa,
Débil retoño brota delicado,
Y crece por el aura cariñosa,
Por el sol y la lluvia fecundado,
Y extiende su ramaje sobre el monte
Hasta que al fin domina el horizonte;

X.

Tal la restauracion, desde el estrecho
Recinto en que la Fe la alzó triunfante,
Al amparo de Dios y su derecho,
El trono rescató, creció gigante,
El poder musulman miró deshecho,
Y la hispana nacion, siempre constante
En el sendero de la humana gloria,
Con su grandeza fatigó la historia.

XI.

Recuerdos de esa edad, al pensamiento
Abrid vuestro magnífico tesoro:
Forma tomad, y vida, y movimiento
Al eco acorde de mi trompa de oro:
Soldados de la Cruz, cuyo ardimiento
Alta preza alcanzó venciendo al moro,
Si ha menester vuestra ambición más fama,
De las tumbas alzad, mi voz os llama!

XII.

Heróica raza, que al tender la vista
Su patria contempló presa de infieles,
Y desplegó el pendón de la conquista,
De libertad ansiosa y de laureles:
¿Quién habrá que sus ímpetus resista
Si armó el Eterno el brazo de sus fieles,
Y el cautiverio su blason empaña,
Y es su grito de guerra «Dios y España»?

XIII.

Desde el seguro asilo de sus breñas
El indómito Astur descende al llano,
Y el Católico Alfonso sus enseñas
Conduce hasta el confín del Lusitano;
Las huestes de otro Alfonso se hacen dueñas
Del reino de Leon, y el yugo insano
Sacudiendo Navarra en su osadía
Alza sobre el pavés á Don Garcia.

XIV.

Del suelo ingrato en que meció su cuna
Huye el último Omeya y en el trono
Se asienta Cordobés, y en él aduna
Suerte y valor á su arraigado encono;
Mas ni á tanto valor ni á tal fortuna
Cede el pueblo que á Dios tiene en su abono,
Y guarda de su pecho en lo profundo
La Fe cristiana, porvenir del mundo.

XV.

De Abd-er-Rahman al ímpetu guerrero
De la discordia extingüese la tea;
Y el blanco pabellon de Hescham el fiero
En Narbona y Orbieu triunfante ondea:
De Al-Hakem y Mohamed el fuerte acero
Al sol de la victoria centellea,
Y fué Almanzor, para Castilla inerte,
Genio del exterminio y de la muerte.

XVI.

Mas ¿qué fué su soberbia y poderío
Contra el teson del justo? Polvo vano
Que esparce el huracan: hinchado río
Que sepulta en su seno el Oceano:
Coloso fué: su pensamiento impío
Se alzó de Dios al solio soberano,
Y de la eterna cólera indignada
Con un soplo no mas, tornó á la nada!

XVII.

Cayó en Caltañazor!... Castilla alienta:
El reino de Leon se reconstruye:
Crece Navarra; y Berenguer sustenta
El cetro Catalan: se constituye
El trono Aragonés; y en la sangrienta
Lucha tenaz que al Árabe destruye,
De Alfonso sexto el bélico denuedo
Clava la Cruz en la imperial Toledo.

XVIII.

¡Gloria al conquistador, que en la pagana
Mezquita la fijó, cual signo cierto
De que el bajel de nuestra fe cristiana
Ha de arribar al suspirado puerto!
No importa ya que con su furia insana
Las tribus del Magreb y del Desierto
Vengan mas tarde; sus legiones fieras
No pisarán del Tajo las riberas.

XIX.

¡Mas ¡ay! vedlas llegar! Cual buitre hambriento
Que divisó la presa, y rauda avanza
Sus fuertes alas azotando el viento
Que estremece su grito de esperanza;
Así el Lamtuna, de botín sediento,
Al rudo empuje de su dura lanza,
Lleva humillando tronos y naciones
Desde el Níger al Túria sus pendones.

XX.

Y el nombre de Yussuf en su memoria
Como un nombre de horror guarda Castilla;
Que el fiero Almoravide nuestra gloria
En Cazalla y Uclés triunfante humilla.
Pero bien pronto el sol de la victoria
Sobre la frente del Cristiano brilla,
Y para espanto de la grey impura
Se alza del Cid la colosal figura!

XXI.

Alfonso el guerreador sus rojas barras
En Zaragoza fija, y animoso
Salvando las agrestes Alpujarras
Cruza el suelo andaluz: el ambicioso
Enrique trueca las nupciales arras
En reino independiente y poderoso,
Ornando de laurel en cien empresas
Las arrogantes quinas portuguesas.

XXII.

Cual de la piedra que cayó en el lago
Nace y se ensancha el círculo ondulante
Cada vez mas, y su contorno vago
Solo en la orilla piérdese distante;
Tal de la lucha el destructor estrago
En el suelo español crece íncesante,
Por conseguir dos razas en su encono
Ver en él un altar, un solo trono.

XXIII.

Y de la sangre infiel ancho torrente
Riega los campos, pero no se agota;
Que el África incansable mas potente
Se alza despues de la fatal derrota:
Si una raza se extingue, otra valiente
De sus fecundos aduares brota,
Y al grito de su algihed, ardiendo en saña,
Cruza los mares y acomete á España.

XXIV.

Así al poder del vencedor Lamtuna
Sigue el poder del Almohade fiero,
Á quien el Atlas dió gigante cuna
Y adeptos de Algazali el dogma austero:
Un imperio debióle á su fortuna,
Rico botin á su terrible acero,
Y en él fiando, con orgullo impío,
Tendió la vista y dijo: «¡el mundo es mio!»

XXV.

Bárbara raza cuya frente oscura
É indómita, del yugo á la cadena
Jamás se doblegó: salvaje y dura,
Y sanguinaria, cual traidora hiena
Cuando su sed de sangre hartar procura:
De codicia y rencor el alma llena,
Odiando del cristiano el heroismo,
Llevó contra la Cruz su fanatismo.

XXVI.

Y Alfonso octavo el cetro de Castilla
Empuña al fin. Magnánimo, valiente,
En su pecho la próspera semilla
Floreció de la Fe: justo, prudente,
Fuerte en la lid, de condición sencilla,
Amado de la extraña y propia gente....
Tal fué el monarca, que alumbró la historia
De aquella edad con su brillante gloria.

XXVII.

Y del Eterno la potente mano
Marcó su noble sien, y el escogido
Brilló con el destello soberano
Del genio vencedor: y al ver rendido
Un imperio á los piés del Africano,
Y amagada la Cruz, lanzó atrevido,
Su corazón ardiendo en santas iras,
El temerario reto de Algeciras.

XXVIII.

¡Ay del altivo que la lid provoca!
¡Dios solo es vencedor! Á la Mashmuda
Guerrera tribu el atabal convoca,
Y al mando de Yacub la hueste ruda
Contra la hueste castellana choca!...
¡Á tus hijos, Señor, piadoso escuda!...
¡Alarcos!... ¡Día fatal!... ¡Cese mi canto!
¡Brote á los ojos del despecho el llanto!...

XXIX.

Después de cinco siglos de esperanza
Y de lucha tenaz, al fiel se inclina
De la eterna Justicia la balanza :
En la celeste esfera diamantina
Los cánticos resuenan de alabanza ;
Y al escuchar la voluntad divina,
Brilla del Ángel del perdón la frente,
Cual lucero de amor resplandeciente.

XXX.

Desde el trono de luz donde se asienta
Habló el Eterno, y dijo: «¡ En mi infinito
Poder, del que mi ley protervo afrenta
Con dura espada penaré el delito:
Caeré sobre su pueblo, cual tormenta
Sobre campo de espigas, y á mi grito
Del Oriente y del Austro las naciones
Teñirán en su sangre sus pendones.»

XXXI.

« Pero al fin, satisfecha mi justicia,
Compasivo seré; con blandos ojos
Miraré su dolor, y mi propicia
Bondad daréle amparo: mis enojos
Quebrantarán la fuerza y la malicia
De la prole de Agar, cuyos despojos
Sangrientos cubrirán tras lid gloriosa,
Los campos de las Navas de Tolosa! »

XXXII.

Así habló Dios: y con radiante vuelo
Una Virtud, presagio de ventura,
Á cumplir su mision bajó del Cielo:
Hundió su trono la discordia impura
Que dominaba en el cristiano suelo,
Y abriéndoles de gloria la futura
Senda, al poner la oliva entre sus manos,
De reyes enemigos hizo hermanos.

XXXIII.

De Portugal, Leon y de Castilla
Los tres Alfonsos su rencor profundo
Deponen por la Cruz, faro que brilla
Sobre el revuelto mar. Pedro segundo,
Monarca Aragonés, tambien humilla
El fratricida acero, que iracundo
Alzó contra Don Sancho, y de la fiera
Lucha civil apágase la hoguera.

XXXIV.

Mas abierta se mira la honda herida
De la rota de Alarcos destructora
En el pecho cristiano, y su abatida
Frente con su recuerdo se colora:
Aun de su triunfo muéstrase engreida
Para mayor baldon la gente mora,
Que intenta esclavizar bajo sus leyes
De la Europa los pueblos y los Reyes.

XXXV.

«¡Domine Alah en los Cielos; yo en el mundo!
 Dijo Mohamed. De Abdelmumen la espada
 Será en mi diestra el rayo tremebundo
 Del invencible Islan: caerá humillada
 Para siempre la Cruz, y entre el profundo
 Espanto de su grey, clavaré osada
 Mi blanca enseña, que á la muerte incita,
 Del gran Muftí de Roma en la mezquita!»

XXXVI.

Escuchólo el Monarca Castellano
 É indignado se alzó del regio asiento
 Al noble impulso del valor cristiano:
 Lució en sus ojos el rencor sangriento
 De raza y ley; y en su convulsa mano
 El acero vibrando, con acento
 Lleno de fe que conmovió la tierra,
 Contra el Emir la convocó á la guerra.

XXXVII.

Llegó su voz del Tiber á la orilla,
 Y de la grey bendita el Pastor Santo,
 Suya haciendo la empresa de Castilla,
 Como antes hizo suyo su quebranto,
 Levantó el estandarte donde brilla
 La Cruz gloriosa del infierno espanto,
 Y en su divino amor su alma inflamada,
 Llamó la Cristiandad á una Cruzada.

XXXVIII.

Cual de la hoguera que el labriego enciende
Brotó una chispa, y su inflamado aliento
Del seco pino en el ramaje prende,
Y arde, y á impulso del airado viento
El incendio voraz ruge y se extiende
Sus llamas levantando al firmamento,
Hasta que al fin su furia destructora
El bosque espeso invade y lo devora;

XXXIX.

Tal de la santa Fe la viva llama,
À la voz de Inocencio, el generoso
Cristiano corazón súbito inflama,
Crece, y cunde, y su influjo poderoso
El entusiasmo férvido derrama,
Y por lograr el galardón glorioso
Soldados por do quier brota la tierra
Desde el valle feraz á la agria sierra.

XL.

¡Fe teneis y valor!... ¡Volad Cristianos!
¡Llama el clarín y es santa la pelea!
Hierro empuñad en las robustas manos....
No en ocio le dejad: que el mundo vea
Que en España también brotan lozanos
De Maratón los lauros y Platea;
Y al Atila mostrad del Mediodía
Cuan grande siempre fué la patria mía!

XLII.

Venid, los que en las auras del Moncayo
Respirais libertad; la vil cadena
Ya en Tánger se forjó: de tu desmayo
Vuelve, noble Castilla; el grito suena
De honor y patria: nietos de Pelayo,
Oponed cual un tiempo á la agarena
Hueste vuestro teson: firmes Vascones,
La gloria os brinda sus preciados dones.

XLIII.

Vedlos llegar á la imperial Toledo;
Y de Martel al par los descendientes
Vienen, y en prenda de marcial desnudo
El triunfo de Poitiers orna sus frentes:
Exenta el alma de cobarde miedo
Tambien llega el Germano, y los valientes
Hijos de la Bretaña nebulosa,
Y de la rica Italia victoriosa.

XLIV.

Ansiando combatir deja el recinto
De la augusta Ciudad la hueste brava,
Y el pendon de la Cruz en sangre tinto
De Malagon en las murallas clava:
De Aben-Cadis el belicoso instinto
No basta á defender á Calatrava;
Que del valor del fiel y de su arrojo
La inexpugnable villa fué despojo.

XLIV.

Mas apenas desnudo el torpe acero ,
Con tal borron manchando su memoria ,
Abandonó su empresa el extranjero
Que codició el botin , mas no la gloria !
¡Y bien hizo , por Dios ! El pueblo Ibero
Para alcanzar del moro la victoria
Y al mundo dominar de polo á polo ,
Nunca auxilios pidió : se basta solo !

XLV.

¡Bien hizo , sí , por Dios ! La lid sangrienta
Que absortas cinco edades contemplaron ,
Cuyo recuerdo mi entusiasmo alienta ,
Españoles tan solo la empeñaron :
Los triunfos que aun el África lamenta
Con española sangre se alcanzaron....
¡Huid , extraños , pues ! ¡ Tan alta hazaña
Es digna solo de la invicta España !

XLVI.

De la Nacion que al déspota iracundo
No humilló la cerviz en su arrogancia ;
Que en su amor patrio , manantial fecundo
Siempre halló de valor ; cuya constancia
Terror de Roma fué , pasmo del mundo
Al fulgor de la hoguera de Numancia ;
Y que , fiando en Dios , sus huestes bravas
À vencer ó morir , lleva á las Navas !

XLVII.

Y allá van , aunque pocos , con sereno
Corazon , por la Fe fortalecido ,
En busca del ejército agareno
De Tolosa en los llanos extendido .
Á tal resolucion el negro seno
Tembló del hondo Averno estremecido ;
Que tras la lid , adivinó su espanto
De la invencible Cruz el triunfo santo .

XLVIII.

Ya de los Montes Marianos toca
El fiel soldado el límite escabroso ,
Y por la áspera senda de la roca
Dirige el paso tardo y fatigoso :
Llega á Castro Ferral : la lid provoca :
De una avanzada infiel triunfa animoso ;
Mas de la Losa ante la cima horrible
Comprende de su empresa lo imposible .

XLIX.

Alzase colosal la mole oscura
Y eleva al cielo su riscosa frente :
El pedregoso suelo á la insegura
Planta niega el sosten : brama el torrente
De la quebrada en la espantosa hondura ;
Y coronadas de enemiga gente
Las altas cumbres , en la senda estrecha
La cruzada legion será deshecha .

L.

¿Qué hará?... ¿Retroceder?... ¡Mengua sería!
Y no puede avanzar, porque sin lucha
Y sin lauro una tumba encontraría.
Pero Dios es clemente: Dios escucha
Del afligido la plegaria pia,
Que es grande su poder, su piedad mucha;
Y el Ángel Santo de la Fe cristiana
Desciende al mundo bajo forma humana.

LI.

Es un pastor de continente bello:
De su pupila azul toma la auróra
Al nacer su suavísimo destello:
Y su rubia guedeja brilladora
En torno flota de su ebúrneo cuello:
Es su frente de luz: dulce, sonora,
Su voz el viento llena de armonía
Y el corazon de plácida alegría.

LII.

Del magnánimo Alfonso en la presencia
Al exhalar purísimo su aliento
De la mirra y aloe la grata esencia
Se esparce por el ancho campamento.
Y así le dice «¡Oh Rey! Ya la clemencia
Del Eterno movió tu sufrimiento
Y su potente voluntad la hora
Marcó fatal para la raza mora.»

LIII.

«Sigue mis pasos, pues: la noche oscura
Pronto su velo tenderá á la tierra,
Y antes que alumbre con su llama pura
El sol mañana tu pendon de guerra,
Con el favor de Dios por via segura
Á la cumbre subiendo de la sierra
Y sin cruzar por su imponente valla
Asentarás tu campo de batalla.»

LIV.

Y su oferta cumplió. ¡Gloria al Potente!
Al que del Rojo mar la furia enfrena,
Dando paso á Israel por su corriente
Y entre desiertos de abrasada arena!
Al que en pró del Cristiano la alta frente
Hunde del monte, y los abismos llena,
Para abrirle los fáciles senderos,
Que llevan á la lid á sus guerreros.

LV.

Dios lo dispuso así: y á la dudosa
Claridad del crepúsculo, el Cristiano
Ve el humo con que avisa cuidadosa
La atalaya su arribo, y mira el llano
Cubierto de la hueste numerosa,
Cual de su espuma el férvido Oceano,
Y ve las blancas tiendas ordenadas,
Y el brillo de las armas aceradas.

LVI.

Cual náufrago infeliz, que al leño asido,
 Luchando con la muerte, al Cielo implora;
 Si por las fuertes olas impelido
 Llega á pisar la playa bienhechora,
 La arena palpa, y duda, y convencido
 Á Dios bendice, y su poder adora;
 Asi al mirar la enseña mahometana
 Se eleva al Cielo la oracion cristiana.

LVII.

En su número inmenso confiado,
 Por dos veces sus tropas al combate
 Lleva el inquieto Emir; y aunque esforzado
 El corazon de Alfonso siempre late,
 Al deber religioso consagrado
 Su real orgullo y su altivez abate;
 Pero rendida al fin su ofrenda pia,
 Fija á la lid el suspirado dia.

LVIII.

Sangriento habrá de ser; pero fecundo
 Será tambien en inmortal renombre
 Para el pueblo español! Dejad que el mundo
 Con los laureles de su triunfo alfombré;
 Que por su Fe cristiana con profundo
 Respeto el porvenir héroe le nombre!...
 Llegá, día feliz; huya la densa
 Y larga noche ante tu luz inmensa!

LIX.

La aurora al fin su resplandor derrama :
Agítanse á su luz los campamentos ,
Las armas suenan, y al combate llama
El clarin con sus bélicos acentos ;
Agrúpanse en redor de su oriflama
Las enemigas tropas , y en los vientos
Aquel sordo clamor rodar se escucha ,
Que anuncia siempre la sangrienta lucha.

LX.

Divisase el lugar de la batalla :
Es un extenso llano semejante
Á un circo pintoresco, cuya valla
Al Norte es Muradal ; alza gigante
Peñafiel al Oriente su muralla,
Y en el opuesto límite distante,
De una arboleda espesa la verdura
Da al campo su matiz y su frescura.

LXI.

En tal palenque van esas naciones
Contrarias en creencias, raza y trono
Á medir el valor de sus legiones,
Á saciar en la lid su viejo encono :
La victoria cien veces los pendones
Coronó de las dos: una en su abono
Su santa Fe, su independenciam tiene :
La otra la ley de la invasion mantiene.

LXII.

Sus Kábilas por ella osado lanza
Á los campos de Iberia en sangre rojos
El ambicioso Emir, y la venganza
Arde en su corazón, brotando enojos:
Mas pone el fiel en Dios su confianza;
La lucha mira con serenos ojos;
Para testigo del terrible duelo
Convoca al mundo, y para juez al Cielo.

LXIII.

Y mientras la falange mahometana
Vuelto su rostro al encendido Oriente,
Rinde de su azohbí la ofrenda vana;
Alza el cruzado su oracion ferviente
Ante la Cruz del mundo soberana,
Y asiste al holocausto reverente
De nuestra redencion emblema santo,
Su faz bañada en fervoroso llanto.

LXIV.

Y cuando del Primado de Castilla
Por las trémulas manos elevada,
Entre nubes de incienso augusta brilla
Radiante de esplendor la Hostia sagrada,
Trescientos mil guerreros su rodilla
Prosternan, y la adoran, y avivada
La Fe sublime que en sus pechos late,
Anhelan la señal para el combate.

LXV.

Próximo está: tras la rojiza cumbre
Monarca del espacio refulgente,
Inundando la tierra con su lumbré
Se levanta del sol el disco ardiente:
Si entre la belicosa muchedumbre
Que el triunfo espera, como el mas valiente,
Alumbras del Cristiano la victoria,
¡Bendito tu fulgor, astro de gloria!

LXVI.

Genio del Cristianismo, que mi acento
Sostuviste hasta aquí, sostenlo ahora:
Voy la lid á cantar, y el pensamiento
Ante su imágen tiembla aterradora;
Mi débil voz desfallecida siento,
Aunque arde en mí la inspiracion creadora:
Dame tu auxilio pues, y en mi poesía
Vierte un raudal de bélica armonía.

LXVII.

Mas antes ¿cuáles son, dí, las guerreras
Legiones al combate apercebidas
Por su Patria y su Altar? ¿cuáles las fieras
Tribus del Atlas y el Magreb, reunidas
Al grito de su algihed, que las fronteras
De Castilla inundaron atrevidas?
Revela, Tú, sus nombres, Genio santo,
Dictame y rige el numeroso canto.

LXVIII.

En una línea cual terrible valla
Alzada entre la Cruz y el Africano,
Dalmau Crexel ordena la batalla:
El centro dá al Monarca Castellano:
El ala izquierda bajo el mando se halla
Del Rey Aragonés, y rige ufano
La derecha don Sancho, que ambiciona
Para Navarra la triunfal corona.

LXIX.

Y en un noble corcel, cuya presencia
Su puro origen cordobés proclama,
Que el freno tasca, y bufa, y de impaciencia
La dura tierra en torno desparrama;
Y de un alto collado en la eminencia,
Que el sol naciente con su lumbré inflama,
Se ve al Rey de Castilla Alfonso Octavo,
Del ejército fiel caudillo bravo.

LXX.

Viste un talar que ciñe á su cintura
Magnífico tabalí, y entre el costado
Abierto la fortísima armadura
Brillante deja ver; el armiñado
Manto sus hombros cubre, y su figura
Completa el regio casco coronado,
Donde á merced del viento libre flota
Rica de blancas crines su garzota.

LXXI.

El brillo de sus ojos clara muestra
 Da de su fe y valor: el limpio acero
 Brilla cual rayo en su potente diestra,
 Y cercado de nobles y de clero,
 Que cumple su mision en la palestra,
 Sobresale entre todos el guerrero
 Rey Castellano, como el cedro hermoso
 Descuella sobre el Libano frondoso.

LXXII.

Pero de sombra cubre su corona
 El rojo pabellon do está grabado
 El Signo augusto, que la empresa abona,
 Y el Vicario de Cristo dió al Cruzado:
 De don Rodrigo la leal persona
 Junto á su Rey lo tiene levantado,
 Porque la hueste fiel brillar le vea
 Y anime su entusiasmo en la pelea.

LXXIII.

Obispos, y Prelados, é Infanzones,
 Ricos-homes, y pajes, y escuderos
 Con don Alfonso van: sus escuadrones
 Son la prez de los nobles caballeros
 Que en Castilla levantan sus pendones,
 Y mantienen meznada, y gozan fueros;
 Y sus gentes de á pié las mas apuestas
 De las que empuñan picas ó ballestas.

LXXIV.

Don Diego Lopez, de la sangre de Haro,
 De la avanzada el puesto peligroso
 Tiene en el centro, y su pendon preclaro
 Don Pedro de Arias lleva: el animoso
 Gonzalo Nuñez, de renombre avaro,
 El escuadron conduce victorioso
 De las Cristianas Órdenes guerreras,
 Terror de las musulmicas fronteras.

LXXV.

Y don Rodrigo Diaz de Cameros
 Con su hermano don Álvar, y el valiente
 Don Gomez el Astur, de los guerreros
 De Almazan y de Ayllon marchan al frente,
 Y don Sancho Fernandez Cañameros,
 Alférez de Madrid, va con la gente
 De San Estéban de Gormaz, Alienza,
 Medinaceli, Osma y de Sigüenza.

LXXVI.

De la reserva el ímpetu contiene
 Gonzalo Ruiz Giron, que muerto llora
 Á su padre en Alarcos, y que viéne
 Su venganza á saciar con sangre mora:
 Por eso con su puesto mal se aviene,
 Y espera de la lid la ansiada hora
 Al frente de sus tercios de Toledo,
 Valladolid, Arévalo, y Olmedo.

LXXVII.

Á pesar de que cubre la celada
Con sus espesas barras su semblante,
Por su rica armadura cincelada,
Su porte altivo, el séquito brillante
Que atento le rodea, y la dorada
Diadema de su casco centelleante
Al noble Rey conócese que empuña
El cetro de Aragon y Cataluña.

LXXVIII.

El ala izquierda rige, y á su lado
Por su Alférez mayor, Miguel Luesía,
Va el pendon de San Jorge desplegado,
Que al fuerte Aragonés al triunfo guía:
Tras de su roja Cruz, desde el condado
De Foix y Rivagorza hasta la fria
Cumbre de Albarracin, toda la tierra
Sus soldados armó para la guerra.

LXXIX.

Con el Conde Armengol el tercio bravo
Viene de Urgel y Puigcerdá, que asiento
Tiene en la margen del veloz Arabo;
Y con Moncada y Jofre su ardimiento
Ostentan y su fe los que en el Cabo
De Kreuz respiran el marino viento,
Los de las roncadas playas de Cervera,
Y los del valle inculto de Junquera.

LXXX.

Lleva el de Foix su gente de montaña
Firme en la lid y dura en la fatiga,
Y la del campo que el Garona baña,
Del yugo del Islan siempre enemiga:
Con Bernardo Roger á esta campaña,
Armados de broquel y de loriga,
Van los del pueblo osado al que renombre
Légó Amilcar Barcino con su nombre.

LXXXI.

Bajo otra enseña, aunque en valor iguales,
Van los que beben las corrientes puras
Del Cinca en sus riscosos manantiales;
Los que habitan de Guara en las alturas,
Y los fuertes de Anzó, con los leales
Que moran en las fértiles llanuras.
Del Ebro y el Jalon, y los flecheros
De Teruel y Albarracin certeros.

LXXXII.

Junto á su vieja enseña de batalla
Don Sancho Octavo de Navarra al frente
De su animoso ejército se halla:
En un hacha pesada su potente
Brazo se apoya: la flexible malla
Ciñe su cuerpo: embraza el reluciente
Cóncavo escudo, y lanza de sus ojos
El rayo asolador de sus enojos.

LXXXIII.

Aunque en número escasas sus legiones,
En su denuedo indómito confía;
Que es prenda de valor el ser Vascones
Y llevan en herencia la osadía;
Y si hollaron sus padres los pendones
Victoriosos de Roma y Francia un día,
Sus hijos hoy eclipsarán su gloria,
Contra el Islan logrando la victoria.

LXXXIV.

Alli los bravos de Roncal se cuentan,
Que con ligeros sayos mal vestidos,
Desnudo el pecho en el combate ostentan;
Los de Erugui, y Bastan, y los sufridos
Serranos de Uztarroz, y los que asientan
Su rústica morada en los floridos
Olivares del Ega, ó en las lomas
De Tudela feraz en ricas pomas.

LXXXV.

En esta division el fiel Gallego
Sus estandartes sigue; y tambien vienen
Los Astures impávidos que el fuego
De su fe y libertad vivo mantienen;
Y el Cántabro tenaz que odia el sosiego;
Y de sus reinos el honor mantienen,
Ya que sus Reyes no, varios soldados
De Portugal y de Leon osados.

LXXXVI.

Tal es el orden de batalla, y tales
 Los católicos pueblos que en defensa
 De su Trono y Altar marchan leales
 Á combatir la muchedumbre inmensa
 Que el África abortó. Di, Genio ¿cuáles
 Las tribus son infieles, que la extensa
 Llanura cubren, con el ronco acento
 De sus lelies fatigando el viento?

LXXXVII.

Sobre una cumbre que domina el llano
 Se levanta, cual signo de pelea,
 El rojo pabellon del Africano
 Emir Amumenin, rica presea
 Ornada con el fausto soberano
 Y la oriental riqueza, y que rodea
 La etiope guardia de atezada frente,
 Como la negra nube al sol fulgente.

LXXXVIII.

Gruesas cadenas el humano muro
 Ciñen en derredor; cada soldado
 De los diez mil que cercan el seguro
 Es una estatua allí; su gesto airado,
 Su inmóvil actitud, el brillo impuro
 De sus lucientes ojos, su atezado
 Color, y su silencio, mucho encierra
 De sombrío y feroz que el alma aterra.

LXXXIX.

En medio está el Emir: sobre su escudo
 La altiva planta poderosa asienta
 Con noble majestad: vibra el desnudo
 Alfanje vencedor, y al par sustenta
 Las suras del Koran: el manto rudo
 Lleva de Abdelmumen, que en la sangrienta
 Lucha de un siglo á la almohade gloria
 La senda señaló de la victoria.

XC.

Y hoy la espera El Nasir: bajo su mando
 La innúmera legion valiente avanza,
 Colosal semicírculo formando
 Para envolver al fiel: de la venganza
 Ya el amargo placer saboreando,
 Se goza en el estrago y la matanza,
 Y juzga ver en su rencor violento
 De Alárco y de Uclés el fin sangriento.

XCI.

De la vanguardia mira los pendones
 Del color predilecto del Profeta,
 Á cuya sombra van los escuadrones
 Mogrebinos de Sus; la kora inquieta
 De la rica Zarfán, con los peones
 De la tribu de Zab, que mal sujeta
 Al almohade yugo, ver ansía
 De libertad el suspirado día.

XCH.

Y allí tambien al descendiente osado
Del Númida distingue siempre errante,
Que de su lanza poderosa armado,
Sobre el suelto corcel, nada es bastante
Su arrojo á resistir; y al atezado
Bereber de Tahart, do el abundante
Dorado fruto agobia sus palmeras
Del Schellif caudaloso en las riberas.

XCIII.

Y ve las almafallas belicosas,
Que de Barca los secos arenales
Cruzan en libre vida; y las briosas
Kábilas de Kairvan, que entre jarales
Espesos tuvo asiento en las fragosas
Comarcas de Cirene; y los leales
Pueblos oriundos de la Libia ardiente,
Tostada por el sol su alliva frente.

XCIV.

Van en el centro cuantas tribus fieras
Tienen del Atlas en la cumbre asiento,
Ó encuentran en sus fértiles laderas
Para sus hijos el frugal sustento;
Cuantas pueblan salvajes y guerreras
Los limites del Zahara, ó el acento
Oyen del mar atlántico en la roca
Contra la cual embravecido choca.

XCV.

La valerosa tribu Mashamuda
Tras su negro pendon, y la de Howara,
Y de Sanhaja, y Lamta, que se escuda
Con broqueles del cuero que prepara;
La de Zeneta, que de lanza aguda
Va armada y de puñal, y dió preclara
Ascendencia á Tarik; y los Gomeles
Á su rojo estandarte siempre fieles.

XCVI.

Y los feroces hijos del Desierto,
Que al levantar sus blancos aduares
Dirigen por la arena el paso incierto,
Que revisten sus formas musculares
Con la piel del leon por ellos muerto,
Y que al oir las trompas militares
Que llaman á la lid, su fanatismo
Convierte su valor en heroismo.

XCVII.

Á entrambos lados tras su blanca enseña
Los Almohades ve, y en ellos fia
Para hacerla del mundo altiva dueña;
Que es su ambicion mayor que su osadia.
Y en la reserva van, pues las desdeña,
Las tropas de la rica Andalucía,
Cuya venganza alienta su coraje
De Aben-Cadís por el sangriento ultraje.

XCVIII.

Allí van los bizarros caballeros
De la feraz y espléndida Sevilla;
Los que pueblan los fértiles oteros
De Al-Kabir olivífero en la orilla;
Los de Baeza y Úbeda, fronteros,
Que en lucha eterna tienen á Castilla,
Y los que elevan su feliz morada
En los floridos huertos de Granada.

XCIX.

Toda esta gente, pues, soberbio rige
El Wazir de Mohamed, Aben-Gamea,
Que sus filas recorre, y las dirige
Su voz, y las anima á la pelea;
Y de las suras del Koran elige
Su alocucion enérgica, que emplea
Para inspirar en ellas el anhelo
De la gloria del mundo ó la del cielo.

C.

Magnífico espectáculo, al fulgente
Rayo hermoso del sol que reverbera,
Ofrece el llano en que cual mar birviente
La multitud agítase guerrera:
De las armas el brillo reluciente;
El color de los trajes; la bandera
Que lleva cada pueblo desplegada,
Por entusiastas gritos saludada;

CI.

Las voces de los Jefes; la armonía
De las trompas y roncós atabales;
Las oraciones que entre incienso envía
El clero á las mansiones celestiales;
Del Alfaquí la exhortación impía;
De cien pueblos los ecos colosales,
Que de idiomas tantos un acento
Forman gigante que ensordece el viento;

CII.

Todo grande es allí, todo imponente:
El palenque, la causa, las naciones,
El fanático orgullo y la fe ardiente
De unos y otros bizarros campeones;
Pero más grande aun y más potente,
Reina de los cristianos corazones,
Se alza la Santa Cruz, la Cruz divina,
Cuyo fulgor los mundos ilumina!

CIII.

Contra la tropa infiel por fin avanza!
Hay un momento de silencio inerte
En que lucha el temor con la esperanza,
Y el corazón vacila del más fuerte;
En que al pasado sus recuerdos lanza
Quien ve su porvenir entre la muerte;
En que el grito al oír de la conciencia
Amamos quizá más nuestra existencia!



CIV.

De súbito el clarín, rasgando el viento,
Da la señal: al bélico sonido
Late veloz el corazón violento:
Relincha el noble bruto estremecido,
De su abierta nariz espeso aliento
Exhalando en su ardor embravecido:
Ármase el arco: oprímese la lanza:
Brilla el acero ansioso de venganza.

CV.

Cual dos nubes gigantes, que rodando
Del ancho espacio en el oscuro seno,
Opuestas van hasta que al fin chocando
Brotan el rayo y el sonante trueno;
Tal de la Cruz el valeroso bando
Chocó contra el ejército agareno,
Alzándose á su encuentro impetuoso
De la tormenta el eco pavoroso.

CVI.

Empénase la lid: don Diego de Haro,
Al frente de sus ínclitas legiones,
Cierra el primero, de victoria avaro,
Del Magreb con los fuertes escuadrones:
Bizarras muestras de valor preclaro
Allí dan de Castilla los leones,
Impávidos luchando en campo abierto
Con los feroces tigres del desierto.

CVII.

Nube espesa de dardos silvadores
Oculta el claro sol : tiembla la tierra :
Álzase oscuro el polvo , y los horrores
Bajo su manto del combate encierra :
No hay vencidos allí , ni vencedores ;
Fieros hijos son todos de la guerra ,
Y nadie un paso de su puesto avanza
Que no halle el hierro de enemiga lanza .

CVIII.

Vibra el clarin con repetido acento :
Crece la confusion , crece el estrago ;
Y entre el sordo rumor se alzan al viento
Los gritos de Allah-akbar y de Santiago :
Crugen las armas : el rencor sangriento
Una victima da por cada amago ;
Y la muerte feroz sus alas bate
Con horrible placer sobre el combate .

CIX.

Cual robusto peñon que firme asienta
En medio de las olas , é irritadas
Al soplo bramador de la tormenta
Le cercan , y le baten ; encrespadas
Mugan en torno ; su furor se aumenta ,
Y una vez y otra vez vuelven airadas
Á estrellarse en su pié , sin que en su loca
Porfia logren derribar la roca ;

CX.

Así las huestes del Koran impio
Embisten con teson; no cede empero
Del Castellano el animoso brio,
Aunque lucha con diez cada guerrero:
De sangre corre caudaloso rio:
Hiere terrible el matador acero;
Y las legiones bárbaras, que crecen,
Confúndense en la lid y desaparecen.

CXI.

Mas ¡ay! que ante su número crecido
En vano opone el fiel su ardor gigante,
Y al ataque tenaz y repetido
Cansado cede al fin por un instante:
Un instante no mas! ¡Por que impelido
Por su fe y por su honor, á la anhelante
Voz de don Diego de «¡victoria ó muerte!»
Torna á la lid con ímpetu mas fuerte.

CXII.

Y allí acuden tambien de prez ganosos
Don Sancho de Navarra y sus legiones,
Y opuestos á su afan los numerosos
Invictos almohades escuadrones:
Se ensangrienta el combate: valerosos
Se confunden ginetes y peones,
Y avanzando y cediendo de contino
Revuélvense en horrible remolino.

CXIII.

Vuelan tocas, cimeras y turbantes :
En cien pedazos salta el férreo escudo ,
Y las lanzas se tronchan , é incesantes .
Cruzan las flechas con silvido agudo ;
Y los móviles grupos jadeantes
De fatiga y ardor , en su sañudo
Mortal coraje agitanse furiosos ,
De sangre y de exterminio codiciosos .

CXIV.

Súbito el Rey Aragonés , blandiendo
Su fulminante espada vencedora ,
Cierra contra el infiel : á su tremendo
Ímpetu ardiente la falanje mora
Vacila , y ceja , y su pavor creciendo ,
Huye en vil confusion , y triunfadora
La Cruz divina al parecer avanza ,
Ornando de laureles su esperanza .

CXV.

Pero ¡ vana ilusion ! Como el torrente ,
Que por copiosas lluvias engrosado ,
Baja del monte la veloz pendiente ,
Al hallar en su curso del rodado
Peñon la mole , pára su corriente ,
Rebalsa , y retrocede , y desbordado
Al fin con mayor furia se abre calle ,
De despojos cubriendo el fértil valle ;

CXVI.

Tal el muslim de su terror repuesto,
Con el auxilio de su hueste entera
Trueca la suerte del combate, y presto
Arrolla del Cristiano la barrera:
En su marcha triunfal llega hasta el puesto
Donde tremola Alfonso su bandera,
Dejando en prenda de su arrojo insano
Cubierto de cadáveres el llano.

CXVII.

Lo ve el Rey de Castilla... sus enojos,
Coloran de carmin su augusta frente;
La santa indignacion presta á sus ojos
De la raza del Cid el brillo ardiente,
Y del triunfo anhelando los despojos
Ó la muerte gloriosa del valiente,
En el corcel clavando su acicate
Se lanza á lo mas recio del combate.

CXVIII.

Con él va la reserva: ¡ instante horrible!
No se ve allí el valor, ni la esperanza;
La desesperacion lucha terrible,
Y en su postrer esfuerzo la venganza:
Es á la mente humana inconcebible
Ese espantoso cuadro de matanza!
Falta aliento á mi voz, y no hay lenguaje
Que pinte de ambas huestes el coraje!

CXIX.

Como en su cráter el volcan, rebrama
Con rumor estruendoso la pelea :
En sangre tinto con fulgente llama
El acero veloz no centellea :
Lucientes chispas en redor derrama
El hierro que en el hierro martillea ;
Y del amago el grito furibundo
Se mezcla con el ¡ay! del moribundo.

CXX.

Y en sangre hasta la cincha los corceles,
Pisan do quiera miembros palpitantes,
Cadáveres, manchados alquiceles,
Y rotas armaduras resonantes.
Poco son de la gloria los laureles
Para premiar esfuerzos tan gigantes:
Llegar no puede á mas el patrio fuego,
El heróico valor, ni el odio ciego!

CXXI.

Mas ¡oh dicha! mirad: la Cruz bendita,
Que Domingo Pascual lleva animoso,
Entre las turbas del Islan se agita,
Como en la noche el lampo esplendoroso:
Tras ese faro el fiel se precipita,
Y á su influjo divino, impetuoso
Hiere, destroza, y con su arrojo insano
Terror cobarde infunde al Africano.

CXXII.

Y retrocede al fin!.. ¡Y huye!.. Y ¿humilla
Así vuestro pendon su antigua gloria
Ante la noble enseña de Castilla?
¡Ira de Dios! ¿De la futura historia
El fallo no os arredra.... la mancilla
De que vais á cubrir vuestra memoria?
¡Al combate tornad! ¡Ved que mas tarde
El mundo os llamará raza cobarde!

CXXIII.

¡Vedlos huir! En el hijar sangriento
Del cansado corcel clava la espuela,
Y de su escape al ímpetu violento,
Raudo el ginete por salvarse vuela;
Y huyen tambien con angustioso aliento
En vil desórden que el pavor revela,
Las fuertes hordas del Magreb altivas,
Las andaluzas tropas vengalivas.

CXXIV.

Como el leon que en el rebaño inerte
Hambriento satisface su inhumano
Instinto matador; no de otra suerte
Infatigable agítase el Cristiano,
Del contrario cebándose en la muerte;
Y cubriendo de víctimas el llano,
Cual si su afan asolador quisiera
El exterminio de la raza entera.

CXXV.

Muerden el polvo allí cuantas legiones
Descendieron del Atlas: la potente
Kábila de Ciren, y los peones
De Sus, Zarfán y de la Libia ardiente:
Para nadie hay perdón: los escuadrones
Sucumben del Magreb, y la valiente
Tribu Almohade por los fieles rota,
Campo es de espigas que el granizo azota.

CXXVI.

En un lugar tan solo se mantiene
Implacable y sañuda la pelea:
Aun su pendón de guerra izado tiene
La tienda de Mohamed, y altivo ondea:
Aun el torrente triunfador contiene
El negro muro que al Emir rodea,
Y en cuya inmóvil bárbara apostura
Se estrella de los fieles la bravura.

CXXVII.

Cual jabalí que herido y acosado
Del monte en la maleza, desafía
Con su indómito ardor desesperado
El amago tenaz de la jauría,
Y en ancho cerco se revuelve airado
Esparciendo la muerte, y todavía,
Aunque sienta su fin, no huye cobarde,
Y hace de su valor mortal alarde;

CXXVIII.

Tal la etiope guardia firme espera
La muerte sin cejar: ni la embestida
Del ginete veloz, ni la certera
Flecha por firme mano despedida,
Ni el cerrado escuadron cuya carrera
Va á la vez sobre un punto dirigida,
Pueden romper la temeraria valla
Donde su horror prolonga la batalla.

CXXIX.

Hasta que al fin don Alvar, trebolando
De la Virgen la enseña, y del brioso
Corcel, el noble estímulo excitando,
Logra salvar de un salto el horroroso
Bosque de lanzas del alarbe bando,
Y al verlo en medio del cerrado coso,
Un grito inmenso de placer resuena,
Y el ancho espacio con sus ecos llena.

CXXX.

De su heróico valor tambien llevado
Acude allí don Sancho de Navarra;
Y del hacha sangrienta el brazo armado
Golpea con teson la férrea barra;
Y rechina, y se rompe, y esforzado
Dando término á empresa tan bizarra,
Se abre paso á través de la infiel gente
Como en la dura roca el rayo ardiente.

CXXXI.

Tras de su huella impávida se lanza
La invencible legion: ya no hay pelea!
¡Huye el Emir!... Derrama la venganza
Un mar de sangre que caliente humea.
¡Genio del mal que animas la matanza,
Mi inspiracion no alumbres con tu tea!...
El sol de la victoria me ilumina,
Y el triunfo canto de la Cruz divina!

CXXXII.

Rey de la creacion, que en Occidente
Vas á ocultar tu pompa soberana,
Circunda con tu luz la hermosa frente
Del héroe noble de la Fe Cristiana:
Orna el azul espacio refulgente
De júbilo en señal, y haz que mañana
En estos campos brote la semilla
Del triunfo que en su Fe siembra Castilla.

CXXXIII.

Pero mirad: cercada de esplendores
Brilla la Cruz en la infinita esfera:
Sombras son de los astros los fulgores
Ante la viva luz que reverbera:
Presta al Eden su llama resplandores,
Y la que brota de su santa hoguera
Alumbra el corazon; porque la vista
Es imposible que su luz resista.

CXXXIV.

¡ Gloria , gloria á la Cruz ! Si la armonia
Mi voz tuviera del celeste coro ,
Yo tu grandeza inmensa cantaría ,
Emblema santo, vencedor del moro :
Mas soy débil mortal !... El alma mia
Creyó de inspiracion darte un tesoro ,
Y al querer expresar mi amor profundo ,
Canté tu gloria con la voz del mundo .



